

llos mismos hechos sobre que caen sus censuras, como lo conocerá el que leyere los lugares que acabamos de citar?

Sería inútil el decir, que se usan estas expresiones generales para advertir al Lector que no se debe siempre fiar del testimonio de estos Autores Eclesiásticos en los hechos que ellos refieren, los cuales muchas veces son falsos, ó á lo menos poco seguros. En efecto: ¿de que servirán aquellas brillantes protestas que se hallan al principio y en muchos lugares de las obras de estos sabios Críticos, que nos aseguran haber compuesto sus historias sobre lo mas auténtico y mas seguro que nos ha quedado de la antigüedad? ¿Por ventura no tenemos en la Iglesia bastantes monumentos buenos para nutrir la piedad de los Fieles, sin alimentarlos con cosas inciertas, dudosas y quizá fabulosas? Si de los Escritos de estos sabios Críticos se cercenaran todas las piezas que se tienen por sospechosas, quedarían en ellos muchos claros. Y así es de temer que siempre atribuirá el público estas respuestas que dan á los testimonios de los Antiguos, á la precisión en que se ven estos sabios Escritores de disminuir la autoridad de los Antiguos cuando piensan de otra manera que ellos, y lo que piensan no es de su gusto; pues admiten los testimonios de esos mismos Antiguos cuando son favorables á sus opiniones.

#### ARTÍCULO QUINTO.

*Otros medios de que se valen los Críticos para disminuir la autoridad de los Antiguos.*

**S**ABEMOS que M. de Tillemont y M. Baillet no dexaron piedra por mover para defender que la sagrada Virgen murió en Efeso, y que allí estaba todavía su cuerpo en tiempo del tercer Concilio general que se celebró el año de 431. No bastaba haberle dado á esta historia toda la verisimilitud posible, era preciso tambien prevenir al Lector contra el testimonio de Juvenal Patriarca de Jerusalem, que pretendia haber hallado en aquella Ciudad el sepulcro de la sagrada Virgen, lo que podía empecer al sistema de los que creían que murió en Efeso. Era menester digo hacer que se formara un concepto poco ventajoso de aquel Prelado, para hacer sospechoso ó dudoso lo que había afirmado en este asunto. Quando fuera cierto, dice M. de Tillemont, que Juvenal hubiese dicho lo que Eutimio le atribuye, se ha de tener presente que Juvenal fue un hombre cuya ambición detestó San Cyrilo; que mereció su deposición por la parte que tuvo en las violencias de Dióscoro en el falso Concilio de Efeso; y á quien acusa San Leon Papa de haber supuesto piezas falsas, para fundar en ellas su nuevo Patriarcado de Jerusalem: y no sería menos capaz de fingir historias falsas para insinuarse en la gracia del Emperador Marciano, cuya protección necesitaba entonces.

M. Baillet, que casi siempre es del mismo parecer que M. de Tillemont, se sirve de las mismas expresiones, poco mas ó menos: Quando fuera verdad, dice, y quando no se le acumulara á Juvenal lo que no dixo, no se le haría quizá injuria á este Prelado en sospechar que quiso usar de artificio en todo este negocio para sacar de él algun provecho. Porque ¿de qué no sería capaz un hombre acostumbrado á vender los intereses de la verdad para satisfacer á su ambición, como se vee en las quejas que dió de él S. Cirilo Alexandrino, y á fingir instrumentos falsos para procurrar ele-

Till. tom. 1. Not. 13. sobre la sagrada Virgen pág. 494. col. 2.

Baill. 15 de Agosto sobre la Asunc. de Nra. Sra. pág. 422.

varse sobre sus Hermanos, como se lo da en cara el Papa San Leon? Así procuran estos dos sabios Críticos disminuir la autoridad de este Patriarca tocante al lugar en que se hallaba el sepulcro de la sagrada Virgen. A juzgar de este Obispo por el retrato que hacen de él estos dos Críticos, ¿quien dará crédito á las palabras de un Prelado de este carácter?

Si quisieramos hacernos del bando de Juvenal y emprender su justificación, ¿no pudieramos responder dos cosas á los Señores de Tillemont y Baillet? La primera que aquí no se trata de averiguar, si Juvenal fue un hombre cuya ambición detestó San Cirilo; si San Leon lo acusó de haber supuesto instrumentos falsos, ni si era capaz de fingir historias; sino de probar que efectivamente supuso la historia de que se trata; y aun me parece que sería necesario traer para esto razones sólidas, fundadas en las reglas de Crítica que dá M. Baillet, (x) para demostrar que este Obispo supuso una pieza falsa: porque para destruir el testimonio de Juvenal no basta decir que fue capaz de fingir esta historia; sino que se debe probar que efectivamente la fingió.

La segunda respuesta es, que pudieramos tomar por jueces en esta disputa á los mismos Señores de Tillemont y Baillet. Habiendo declarado el primero, que quería seguir á Eusebio en el orden de los primeros Pontífices hasta Siricio; añade: «confesamos llanamente que Eusebio se engañó en muchas cosas, de donde es fácil inferir que se pudo engañar en otras muchas: Pero aquí no se trata de la fe ni de las costumbres, en que se requieren reglas ciertas, porque de ello depende la eternidad.» M. Baillet no halló dificultad en referir, sobre la Fe de Filóstorgio, que San Luciano de Antioquia poco tiempo antes de su martirio hizo que le pusieran sobre el estómago, como sobre un Altar, las especies que se habían de consagrar, y que en este estado ofreció el sacrificio. El Autor de esta historia, añade este Crítico, era Herege; pero aquí no se trataba de fingirla para favorecer su secta. Sobre este fundamento pretenden estos dos Críticos, que las buenas costumbres y aun la antigüedad de la fe, no son necesarias en los Autores quando solo se trata de puros hechos; y sin esta precaución, habría mucho que quitar de los escritos de estos dos hábiles Críticos, que suelen no darnos mas que Hereges por garantes de lo que afirman.

En efecto, ¿que dirían estos hábiles Críticos, si queriendo alguno hacer sospechoso el testimonio de Eusebio en orden á muchas historias que ellos refieren sobre su palabra, les opusiera este razonamiento? Quando fuera cierto que Eusebio hubiese dicho la verdad, ¿no se sabe que fue un hombre de quien no se puede disculpar ni el excesivo orgullo ni la vil adulación para con Constantino; que San Gerónimo lo llama el defensor declarado de la impiedad de Arrio, y el Porta-estandarte de la facción de los Arrianos; que erró en muchos dogmas, y cuya penitencia no es menos incierta; que es constante su caída; un hombre en fin, de que no

(x) Algunos pudieran imaginarse, dice M. Baillet, que quando un hombre que defiende el error, lo divulga mas fácilmente, porque es tenido por hábil, por sincero y por hombre de bien, sería quizá útil para la verdad hacerle perder esta reputación: no obstante, no es lícito hacerlo si no se pueden probar estas acusaciones con pruebas públicas, ciertas é indubitables: y así por bueno que sea el fin que uno tenga, jamás debe valerse para este efecto de sospechas sin prueba, ni de juicios temerarios, fundados sobre lo que está escondido en el corazón de los hombres. Baill. Juicio de los Sabios tom. 1. part. 2. cap. 8. pág. 377.

Till. tom. 1. Not. 2. sobre San Clemente pág. 595. col. 1.

Baillet. 7 de Enero Vida de San Lucía no pág. 178.

Hieron. Teod. Synod. 7. &c. apud de Veter. testim. cont. Euseb.

«sintieron mejor que San Gerónimo, San Atanasio, Teodoreto, Focio y muchos Concilios?»

Es muy creíble que estos sabios Críticos no concederán jamás que todas estas reprehensiones que se pueden hacer á Eusebio, deban hacer sospechoso su testimonio en puntos de puro hecho. ¿Pues porqué nos han de querer persuadir que las faltas de Juvenal, que le habían merecido su deposición por la parte que tuvo en las violencias de Dióscoro en el falso Concilio de Efeso, faltas que no eran tan considerables como las de Eusebio, sean bastantes para quitarle todo el crédito á Juvenal, y para hacer su testimonio totalmente sospechoso?

Aunque la acusación que intentó San Leon contra Juvenal sea muy considerable, no obstante hay motivos para creer que cuando sucedió este hecho ya se había reconciliado Juvenal con aquel grande Papa, y había reparado el escándalo que causó en la Iglesia suponiendo instrumentos falsos. No sería dificultoso probar esto con muchas Cartas de San Leon. (1) No hay apariencia de que este Patriarca quisiese inventar historias falsas, como se le acrimina, para insinuarse en la gracia del Emperador Marciano, cuya protección necesitaba entonces: porque quando Juvenal refirió este suceso, ya había recobrado las buenas gracias del Emperador, y no necesitaba de su protección en orden á sus contestaciones, que ya estaban enteramente terminadas.

En fin, se ha de tener presente que Juvenal refirió la historia de la invención del sepulcro de la sagrada Virgen en presencia del Emperador Marciano, de la Emperatriz Pulqueria y de los Obispos de Palestina que se hallaban entonces en Constantinopla, y que asistieron al Concilio general de Calcedonia por los años de 451. Es muy creíble que muchos de estos Obispos habían asistido al Concilio de Efeso, á donde el mismo Juvenal se había hallado, y en el que tuvo el segundo lugar. La mayor parte de estos Obispos, que no podían ignorar lo que había pasado en el Concilio de Efeso acerca de la sepultura de la sagrada Virgen, hubieran podido convencer á Juvenal de que menta diciendo que se había descubierto en Jerusalem el sepulcro de la Santísima Madre de Dios: porque no tenían mas que responderle, que los Padres del Concilio Efesino habían declarado que el cuerpo de la sagrada Virgen estaba entonces en la Iglesia Catedral de aquella Ciudad. No hubiera habido jamás desverguenza igual á la de Juvenal, si la historia que refería en presencia de una asamblea tan augusta, y delante de unas personas que podían convencerlo de su falsedad, no hubiera sido cierta y de notoriedad pública.

El P. Alexandro se valió tambien de este medio para enervar la autoridad de los Escritores Eclesiásticos. Despues de haber referido este sabio Dominico los pasages de los Padres, que pretenden que S. Pablo reprehendió seriamente á San Pedro, se objeta el testimonio de algunos Autores

(1) En la Carta 99 de San Leon se lee, que este Papa agradece al Emperador Marciano que hubiera restablecido en su Silla á Juvenal Obispo de Jerusalem. En la 100, escrita á Juliano, manifiesta San Leon el gozo que tiene del restablecimiento de Juvenal de Jerusalem. En la 110, escrita al mismo Juvenal, se congratula este Papa de que habiendo condenado aquel Obispo á Eustaquio, haya sido restablecido en su Silla, y lo exhorta á defender la Fe de la Iglesia acerca de la Encarnación, de lo qual son una prueba convincente los Santos Lugares que estan en su Obispado.

antiguos, como Orígenes, San Gerónimo, Didymo, Apolinar de Laodicea, Alexandro, Eusebio Emiseno y San Juan Chrisóstomo, que creyeron que esta reprehension solo fue fingida y aparente. Para responder á esta objecion y desembarazarse de estas autoridades, le parece á este Padre que basta decir, que á Orígenes, Apolinar, Didymo y Alexandro los tuvo por Hereges el mismo San Gerónimo: *Ab ipso Hieronymo fuisse nomine haereseos notatos*. Si esta respuesta le parece sólida á este Doctor, ¿podrá él tener á mal que para disminuir la fuerza del testimonio de estos antiguos Escritores, quando él los cita como se citan aquí para una materia independiente de los errores de su partido, se le responda, que á estos Autores los tuvo por Hereges San Gerónimo? Sin duda que este docto Dominico no aprobaria aquí la aplicación de una respuesta que él mismo da á una objecion del Cardenal Baronio, el qual, para eludir el testimonio de Eusebio que asegura haberse bautizado Constantino al fin de su vida, ocurrió á esta máxima de los hábiles Críticos: á saber, que no se le debe dar crédito á Eusebio en lo que dice del bautismo de Constantino; porque fue uno de los Gefes de los Arrianos: *Quod Arianorum signifer extiterit*: á lo qual responde el P. Alexandro de esta manera: *Eusebio derogare fidem, in rebus historicis Arianorum, causam nullatenus spectantibus, nec juvantibus, quia Arianus fuit, ineptum, & incredulum est*. Sin embargo, como si se hubiera olvidado de esta prudente respuesta, da en muchos lugares otra totalmente contraria.

Estos sabios Críticos se valen tambien de otros medios para quitar la fuerza al testimonio de los Autores Eclesiásticos. Dicen que los Antiguos muchas veces refieren las cosas como Panegiristas. Por este camino quiso M. Simon desvanecer el testimonio del Monge Alexandro tocante al descubrimiento de las reliquias de San Bernabé, de que ya hemos hablado. M. de Tillemont y M. Baillet usan frecuentemente de este medio para enflaquecer el testimonio de los Padres. En otra parte haremos ver, que si tuviera algun peso esta respuesta, disminuiria mucho la estimación que se debe hacer de los monumentos mas auténticos de la historia de los Santos, que solo se han conservado en Homilias, en Poemas ó en Hymnos de algunos Padres de la Iglesia: obras en que se emplean los adornos de la Retórica y los socorros de la Poesía.

La mayor parte de los Críticos modernos, para dar mas fuerza á sus sospechas, y preparar con destreza á sus Lectores para que las adopten, se derraman en acusaciones vagas contra los primeros Christianos, procurando representarlos como unos impostores, que no reparaban en su poner muchos monumentos falsos para favorecer al Christianismo. Este es un artificio común á los que se hallan embarazados con la autoridad de los Padres y de los antiguos Autores, que se oponen á la novedad de las opiniones que ellos pretenden introducir. No teniendo buenas razones con que desatar las dificultades que por esta parte se les oponen, y percibiendo toda su fuerza, las cortan de una vez con el título de estas suposiciones y falsificaciones.

Sin embargo, parece que estos sabios Críticos deberían ser mas tenidos en hacer semejantes acusaciones contra los primeros Fieles, cuya eminentemente virtud, y el horror que ellos tenían á la mentira y al engaño, principalmente en materia de Religión, debería eximirlos de tales sospechas. A mas de que nuestros Críticos no producen mas pruebas de sus acusaciones contra ellos, que los libros de Mercurio Trismegisto y de las Sibilas, el pasage de Josefo, y algunas otras pocas piezas semejantes: como si lo que de ellas citaron los Padres de la Iglesia fuera indubitablemente

quod ab illis dicitur  
de nonnullis annis  
et nonnullis annis

Alex. tom. 2. saec.  
4. Diss. 22. p. 359.  
Ibid. saec. 1. Diss.  
18. p. 207. & alibi.

Sim. Hist. crit. del  
N. T. esp. 4. p. 43.

Till. not. 3. sobre  
San Bernabé pag.  
686. col. 2.  
Baillet. 14. de Enero,  
11. de Junio, 10. de  
Agosto.

Laodicy, Simon, Tillemont, Baillet, D. Peritidier, Dupin, Alexandro &c.

supuesto y reconocido por tal de todos los Sabios; lo que ciertamente no es así, á lo ménos por lo que toca á algunos de estos escritos; y aun quando lo fuera, ellos nos deberían convencer de que estas suposiciones las hicieron los Fieles, y no los Judios Hellenistas, ó los Hereges de los primeros siglos. Porque para justificar estas suposiciones de que acusan á los primeros Christianos, no basta repetir incesantemente que Tertuliano y San Gerónimo hacen mencion de un Presbítero de Asia, que por honrar á San Pablo habia publicado unas piadosas imaginaciones en orden á los viages de este Apostol y de Santa Tecla, por lo qual fue castigado severamente con una degradacion ignominiosa á que lo condenaron. Pero á mas de que este exemplo es quizá el único que se puede alegar contra la buena fe de los Christianos primitivos, y es una prueba muy endeble para atribuirles en comun unas imposturas semejantes; no pudieran los Criticos traer un argumento mas fuerte para probar lo contrario de lo que pretenden: porque la historia de este Presbítero declara, que desde los primeros siglos de la Iglesia eran los Obispos perspicaces para conocer este género de suposiciones, y exáctos para desecharlas, pues castigaron con tanta severidad una falta en que habia mas de ignorancia que de malicia.

No debo yo pasar en silencio otro medio de que se vale el P. Sirmond para desacreditar la autoridad de Hincmaro, el qual siguiendo á Hilduino, defiende la mision de San Dionisio Areopagita á Francia. Nadie ántes de Hincmaro, dice este sabio Jesuita, habia dicho que Clodoveo se habia bautizado la vispera de Pasqua: Esta tradicion, fundada en el testimonio de este Obispo de Reims, duró hasta que se descubrió la Carta que San Avito escribió al Rey Clodoveo, en la que congratula á este Príncipe sobre su bautismo, describe la pompa y utilidades de él, y nos dice que se hizo la noche de Navidad: *Ut hoc exemplo liqueat*, concluye el P. Sirmond, *falsi & fallere Hincmarum quam proclive sit*. Así como no se puede asegurar, prosigue este docto Critico, que la falsa época del bautismo de Clodoveo sea verdadera porque Hincmaro nos la dió por tal, así tampoco se puede decir que la mision de San Dionisio Areopagita á Francia, que pasaba por fábula ántes del tiempo de Hilduino, no lo sea, porque Hincmaro la reconoció como una tradicion antigua. Si el testimonio de Hincmaro tocante á la cuestión de San Dionisio no merece crédito, porque él se engañó quando dixo que Clodoveo se bautizó la vispera de Pasqua; parece, segun este discurso del P. Sirmond, que él no debería fundar la tradicion que distingue á San Dionisio Obispo de Atenas, de San Dionisio Obispo de París, sobre la autoridad de Sulpicio Severo y de San Gregorio Turonense, que en materia de historia cometieron faltas mucho mas groseras que la que cometió Hincmaro en la que dice del bautismo de Clodoveo.

Estoy persuadido de que la integridad y exactitud de este célebre Escritor no aprobaria el método de un Critico, que para demostrar que San Avito se engañó, y que su testimonio es muy endeble para probar que Clodoveo se bautizó la Vigilia de Navidad, discurreria de este modo: San Avito, en la segunda Carta que escribió á Gondebaud Rey de los Borgonones, impugnó los errores de Nestorio y de Eutiquio, pero estaba tan mal instruido en la Historia, que atribuye á este último los errores del primero. No parece estar mejor informado de lo que en su tiempo pasaba en el Oriente: porque en su tercera Carta acusa al Obispo de Constantinopla de que el año antecedente habia quitado del *Trisagio* estas palabras: *Vos que habeis sido crucificado por nosotros, tened misericordia de nosotros*, y de-

Tertul. lib. de Baptism. Hieron. de Script. Eccles.

Conc. Gall. Tom. 1. pag. 153. Epist. 41.

Sirmond. Diss. de doct. Dionis. c. 4.

Chois. Hist. de la Iglés. advertenc. p. 6.

Avit. Epist. 2. & 3.

fiende esta expresion como muy antigua. Es cierto que Pedro Fullo fue el que añadió estas palabras al *Trisagio* poco ántes, y que el Obispo de Constantinopla, no solo no las quitó, sino que aprobó esta adición, y hacía que se cantara así el *Trisagio*: y esto fue lo que causó en la Iglesia de Constantinopla el tumulto de que habla San Avito, el qual se engañó atribuyendo al haber quitado estas palabras un ruido que se ocasionó por haberlas añadido.

Despues de este discurso; será lícito acaso el concluir: *Ut ex his exemplis liqueat falli & fallere Avitum quam proclive sit?* Pues así como ninguno se atreveria á afirmar que estas historias no son falsas porque S. Avito las refirió como verdaderas; así tampoco se podria persuadir á que la tradicion que dice que Clodoveo se bautizó la noche de Navidad, y que era falsa ántes del tiempo de San Avito, se deba tener como cierta por el testimonio de este Prelado. Concluyamos pues, que si fuera lícito ocurrir á los medios de que hemos hablado en estos dos artículos, y á los otros rodeos de que usan nuestros Criticos para desprenderse de la autoridad de los Padres, se destruiria la Historia de la Iglesia, y no quedaria en pie monumento alguno de la venerable Antigüedad.

ARTÍCULO SEXTO.

*No se debe dexar la autoridad de los Padres de la Iglesia para seguir las luces de los Hereges en orden á los hechos, principalmente quando estos pueden decir algun respecto á la Religion.*

Las preocupaciones en que estamos contra las obras de los Protestantes no nos impiden de hacerles justicia, principalmente en lo que toca á la Critica, en la que se han aventajado, y por medio de la qual nos han descubierto algunas verdades de que nos hemos sabido aprovechar: porque en las cuestiones que no se deciden por la autoridad, dice M. de Tillemont, sino por los hechos y pruebas humanas, es permitido escuchar á los Hereges y averiguar si tienen razon. M. Dupin reconoce tambien, que en lo que toca á la Critica algunas veces han sido los Protestantes mas perspicaces que los Católicos, y que en las obras de aquellos se descubren algunas cosas que estos se han visto precisados á reconocer y á probar. Por eso dixo un sabio Abad, que nos ha dado una Historia Eclesiástica, que no hizo escrúpulo de valerse de los escritos de los Protestantes, que contienen algunas veces unas verdades muy sólidas, quando ellos no quieren declamar contra la Iglesia Católica. El P. Alexandro no se paró en decir, que se debe amar la verdad y que si el día de hoy desecharnos por apócrifos muchos libros que se tuvieron en otro tiempo por producciones legítimas de los Antiguos, debemos á los Protestantes este desengano. En fin, el P. Mabillon asegura, que no se debe tener á mal

(1) *Amanda est etiam in Haereticis veritas.* Alex. Hist. Eccles. saec. 1. Diss. 2. tom. 1. p. 265. Tom. I.

Till tom. 2. not. 4. sobre San Dionisio pag. 467. Dupin tom. 1. Pref. pag. 182.

Chois. Hist. de la Iglés. advertenc. p. 6.

Mabill. Estud. Monast. part. 2. cap. 2. pag. 155.



hizo este Santo Martir, (1) apoyada con el testimonio de muchos Padres antiguos.

Tampoco sabemos porque M. Baillet se conforma con Erasmo, con los Centuriadores y con otros Modernos de la misma comunión, para insinuar que San Gerónimo inventó el asunto de la Historia de San Pablo primer Ermitaño, solo con el fin de exercitar su estilo. Ni tampoco percibimos porqué los Señores de Tillemont (2) y Baillet siguieron mas bien la opinión de Casaubon tocante al buey y al asno que se dice estaban en el establo, quando en él nació nuestro Señor Jesuchristo, que la tradición comun de la Iglesia que ha llegado hasta nosotros desde los primeros siglos del Christianismo. (3) No es ménos de admirar que los Señores de Launoy, Dupin, Baillet &c. hayan abrazado mas bien el dictamen de Blondel, que

Baill. Tab. crit. 10.  
de Eneoa.

Till. tom. 1. not. 5.  
sobre J. C. p. 447.  
Baill. 25. de Di-  
ciembre pag. 590.  
Casaub. Exerc. 2.  
núm. 3. in Baron.  
Apud Alex. tom. 1.  
ssec. Diss. 14. pag.  
101.

Musianus Quinquennalis

Decur Bidentalis domum dedit.

Esto dió motivo para recelar que San Justino hubiese confundido á *Simon* con *Simon*; pero este sabio Cardenal impugna nerviosamente esta opinión, y defiende, que no es posible que un hombre tan grave como este Padre, y tan bien instruido en la Mitología pagana, escribiendo á un Emperador y al Senado sobre una materia muy importante, cometiera una falta tan ridícula, y en una cosa tan pública, que el menor Artesano lo podía convencer. *Baron. ad ann. 44. núm. 55.*

(1) San Justino habla de esta estatua en dos lugares de su grande Apología dirigida á los Emperadores, al Senado y á todo el Pueblo Romano. Él cita tambien este suceso en su Diálogo contra Trifon. *San Irineo lib. 1. cap. 20.* refiere este sentir como una opinión comun. Tertuliano, Eusebio, San Cirilo Jerosolimitano y Teodoreto hablan tambien de esta estatua. San Agustín lo asegura expresamente. Y San Justino dice, que ella estaba colocada sobre el Tiber entre los dos puentes, esto es, en la Isla del Tiber, con esta inscripcion latina: *Simoni Deo Sancto*. *Baron. ubi supra. Tillemont tom. 2. not. 1. sobre Simon Magó pag. 521 y siguientes.*

(2) La impresion del primer volumen de la Historia Eclesiástica de M. de Tillemont estuvo suspensa muchos años, porque el Censur que se habia señalado para examinar esta obra, quería que se suprimiera el pasaje en que se dice, que quizá no habia buey ni asno en el establo en que nació Jesuchristo; que los Magos no vinieron á adorarlo hasta despues de la Purificacion; que Maria muger de Cleofas podia verdaderamente ser hermana de la sagrada Virgen. En fin se ocurrió á la autoridad del Señor Canciller Boucherat, el qual nombró de propósito un nuevo Censur, y pasó la obra sin mudanza alguna. *Nota sobre el Artículo 10. de la vida y del ingenio de M. de Tillemont.*

Con motivo de esta nota debo añadir, que habiendo comenzado un Autor la impresion de una obra que intituló: *Memorias contra las Memorias de M. de Tillemont*, y estando ya pronto para dar al Público otro Tratado con este título: *Declaraciones sobre los dos primeros siglos de la Iglesia*; se suprimieron estos dos escritos por la autoridad de los amigos de M. de Tillemont. *Ibid. art. 12. cap. 201.*

(3) Esta tradición se funda en la versión de los Setenta, que dice: *in medió davorum animalium cognosceris*. *Abac. cap. 3. v. 2.* en un pasaje de San Gregorio Nazianzeno *orati. 18.* de San Paulino y de algunos otros; pero principalmente en la autoridad de San Gerónimo, quien escribiendo á Eusebio, y hablando de Santa Paula, dice: *Inde Bethleem ingressa, in speluncam Sabatoris introiens, postquam vidit sacrum Virginis diversorium, & stabulam, in quo cognovit bos possessorem suum, & praesepe Domini sui, ut illud impleret, quod in eodem Propheta scriptum est: Beatus qui seminat super aquas, ubi bos & asinus calcant &c.* Vide *Baron. ad ann. 1. §. 3.*

defiende que el Papa San Estevan cayó en el error opuesto al de San Cipriano en orden al bautismo de los Hereges, que seguir la opinion de Eusebio, de San Agustín, de Vicente Lirimense, de Facundo y de los otros Antiguos, que afirman que este Santo Papa solo defendió en este asunto la verdadera y antigua doctrina de la Iglesia.

Aunque el P. Posevino y Castillon hayan sido los primeros que suscitaron algunas dudas acerca de la autenticidad de los versos atribuidos á las Sibilas; sin embargo, si contra el testimonio de muchos Padres antiguos la mayor parte de los Sabios miran en el día los versos sibilinos como unos monumentos supuestos, solo lo hacen por seguir las luces de la crítica de Blondel, que fue el primero que los tuvo por supuestos, porque se hallan en ellos muchas cosas contrarias á los errores de los Protestantes.

Por mas exácto y circunspecto que parezca el Abad de Commanville en las *nuevas Vidas de los Santos para todos los dias del año*, que ha dado á luz, y que se imprimió en Ruan á principios de este siglo; con todo, es extraño que con el pretexto de que mejor ha querido proponer á los Fieles aquello que deben imitar, que lo que solo puede ser objeto de su admiración, se impusiera el Autor una como ley de quitar todos los milagros de las vidas de los Santos, cuya historia escribe, y de no referir mas prodigios y milagros que los que se hallan en la sagrada Escritura; pero la crítica demasadamente escrupulosa del Abad de Commanville se conforma mas en esto con las preocupaciones de algunos Protestantes, (1) que con la conducta de San Cipriano, de S. Atanasio, de S. Ambrosio, de San Gerónimo, de San Agustín, de San Gregorio, y de otros muchos Padres, que no tuvieron dificultad en referir aquellos milagros, de los quales no permite la prudencia que dudemos.

Tambien hay motivo para extrañar que M. de Fontenelle se haya apartado de la opinion de toda la antigüedad en orden á los oráculos del Paganismo, (2) por seguir el sistema y las luces de la crítica atrevida y temeraria de Antonio Van-dale Anabaptista de Harlem, y que este hábil Académico empleara su excelente pluma en escribir una *Historia de los Oráculos*, en la que siguiendo á aquel Médico, defiende que los oráculos no eran dados por los Demonios; y combate la opinion de una multitud de Padres que pretenden haber ellos cesado al tiempo del nacimiento de Jesuchristo.

(1) Guillermo Fleetwood, Protestante Inglés, que escribió una Disertacion sobre los Milagros, no admite mas que aquellos que se refieren en la Escritura sagrada. *Memorias de Trevoux del mes de Noviembre de 1703. art. 189.*

(2) El P. Baltus, Profesor de sagrada Escritura en la Universidad de Strasburgo, escribió una obra que se intituló: *Respuesta á la Historia de los Oráculos de M. de Fontenelle de la Academia Francesa &c.* en Strasburgo año de 1707. Este sabio Jesuita no se contentó con responder á la historia de aquel docto Académico, ni con refutar el sistema de Van-dale sobre los oráculos del Paganismo, sobre la causa y el tiempo de su silencio; sino que pasa á establecer el dictamen de los Padres de la Iglesia sobre el mismo asunto; patentiza muchos yerros de sus adversarios; descubre la falsedad de las razones que ellos atribuyeron á los Padres, y la poca solidez de sus pruebas. El P. Baltus escribió despues otra obra en que refuta las objeciones insertas en el tom. 13 de la Biblioteca selecta, y el art. 11 de la República de las letras del mes de Junio de 1707; y en la qual establece con nuevas pruebas el dictamen de los SS. Padres tocante á los oráculos del Paganismo.

Si casi todos nuestros ilustres Críticos desechan como unos monumentos inciertos y apócrifos los libros que corren con el nombre de San Dionisio Areopagita, esto lo hacen siguiendo á Lorenzo Valle, que fue el primero en estos últimos siglos que se declaró contra estos libros, y á quien despues siguieron Erasmo y Lutero; que por esto fue censurado por la Facultad de Teología de París; los Centuriadores, Scultet, Rivet &c. y si se ha de dar crédito á un Autor moderno, el P. Morin, M. de Launoy, M. Dupin y los otros, no pusieron mas objeciones contra la autenticidad de estos libros que las que recogieron de aquellos Hereges. En fin, sabemos que el P. Lami dexó el dictamen de los mas de los Autores Eclesiásticos, y aun de la misma Iglesia, acerca de la cuestión de la última Pasqua, por seguir la opinion de Autores no conocidos, supuestos y aun Hereges. (1)

Es de admirar que estos hábiles Críticos hayan seguido las falsas preocupaciones de los Protestantes sobre todos estos hechos y sobre otros muchos que pudiéramos alegar, y que hayan abandonado el testimonio de los Antiguos, y aun el de la misma Iglesia, que nos propone algunos de ellos, aunque no pasen los límites de puros hechos, ni toquen á la Fe; porque estos ilustres Críticos no pueden ignorar que las pruebas que demuestran la verdad de todos estos sucesos, que reconocieron los Padres, son, á lo ménos, tan eficaces como las que se alegan con los Protestantes para dificultarlos y combatirlos. Un sabio Prelado llama á esta conducta «una invención perniciosa de los últimos Críticos, que juntándose á los Protestantes por esta parte, como lo hacen por otras muchas, no temen darles esta ventaja contra la Iglesia.»

Pero lo que parece mas admirable es, que estos sabios Críticos desapruaban esta conducta en los otros, y que ellos no dexan de seguirla. Ya vimos que M. de Tillemont la llama una *desgraciada libertad*. El P. Alexandro defiende, que en las cosas que tienen alguna conexión con las materias de la Religión, como son casi todos los hechos históricos de que hemos hablado, vale mas seguir el dictamen de los Autores Eclesiásticos, que el de los enemigos de la Religión. M. Dupin reprehende á M. Simon el que abandonara á toda la Antigüedad tocante al Autor del Pentateuco, por seguir y confirmar la opinion de Espinosa y del Autor del libro de los Preadamitas. M. Simon por su parte reprehende á M. Dupin, porque en la segunda parte de su Disertacion preliminar, en que trata del Canon de los libros del Viejo Testamento, copia las obras de los Protestantes, y parece favorecer sus opiniones.

Yo dexo á estos sabios Críticos el examinar si se compone bien este método con aquella excelente regla de Tertuliano, cuyas son estas palabras: *Nobis, & si querendum esset ad huc & semper, ubi tamen quaerit oportet? Apud Haereticos, ubi omnia errantia, & adversaria nostrae veritatis.*

(1) Se dice que el Herege Marcion fue el primero que negó que Jesuchristo hubiese celebrado la Pasqua; pero habiendo los Santos Padres impugnado este dictamen, quedó sepultado en el olvido hasta principios del siglo VII, en que lo renovó el Herege Filopon. Que esta opinion en tiempo de Focio se miró como contraria á la doctrina Católica, y en tiempo de León IX como herejía. Que en nuestro siglo ella se juzgó en Roma digna del fuego, en Francia y en España como una herejía, ó como un error próximo á ella: esto nos enseña M. Witasse, Doctor de la Sorbona, en una Carta que hizo insertar en el jornal de los Sabios del año de 1696, que es una réplica contra el P. Lami.

El Autor de la Disert. sobre S. Dionisio pag. 109.

M. Bossuet Obispo de Meaux Instruce. 2. sobre la traducción del N. T. de Trevoux.

Alex. Hist. saec. 2. Diss. 11. q. 2. P. 243. tom. 2.

Dup. Dis. prelim. pag. 77. col. 2. Ibid. p. 99. col. 2.

Sim. Carta á un Abad tocante á la inspir. de los libros sag. pag. 40. y 42.

Tertul. de Praesc. cap. 12.

ritati ad quos vetatur accedere? Quis servus cibaria ab extraneo, ne dicam ab inimico Domini sui sperat? Quis Miles ab insaederatis, ne dicam hostibus Regibus donativum ac stipendium capiat nisi plane desertor & transfuga, & rebellis? Etiam anus illa intra tectum suum drachmam requirebat: Etiam pulsator ille vicini januam tundebat: etiam vidua illa non inimicum, licet durum Judicem interpellabat. Nemo inde srui potest unde destruitur; nemo ab eo illuminatur, à quo contenebratur. Quae ramus ergo in nostro, & à nostris, & de nostro.

## ARTÍCULO SÉPTIMO.

*La fidelidad exige que no se le atribuyan á los Autores Eclesiásticos las opiniones que no tuvieron.*

HAY pocas reglas de Crítica mas útiles que las que han establecido los sabios Críticos para entender bien á los Autores y no engañarse al leerlos. M. le Clerc, que escribió tanto sobre la Crítica, no se descuidó en darnos reglas para esto, de las cuales estas son las principales. El supone desde luego que se debe poseer bien el idioma en que escribió el Autor que se quiere leer. Yo entiendo, dice, por saber bien un idioma, estar en estado de concebir en su entendimiento al leerlo aquellas mismas ideas que los que escribieron quisieron expresar con sus palabras. Para acertar se requiere lo I. saber bien las reglas de la Gramática de la lengua de que se trata. II. Procurar tener inteligencia de los modos de hablar de cada Autor. III. Formarse una idea de su estilo, y del que se usaba en el tiempo en que escribió. IV. Instruirse de las opiniones que prevalecian en tiempo del Autor que se lee, y tambien de aquellas á las cuales daba él la preferencia. V. No suponer ligeramente que un Autor célebre y hábil haya sido igualmente profundo en todo género de ciencias, y que haya acertado en todo lo que dixo. VI. Examinar si habla como persuadido de lo que dice, ó si se acomoda á las opiniones de su tiempo. VII. En fin, procurar atribuir al Autor, no lo que debió pensar, sino lo que en la realidad pensó; y no acomodar sus expresiones á nuestras ideas, sino nuestras ideas á sus expresiones.

Esto supuesto, no es de extrañar que los Críticos del segundo orden, y muchos Teólogos Escolásticos, hayan trucidado algunos pasajes de los Antiguos y de otros Escritores, ó los hayan entendido en distinto sentido del que verdaderamente tienen. Porque estos Autores, ó por mejor decir, estos Compiladores, empenándose mas en formar gruesos volúmenes que en componer buenos libros, ignorando quizá las reglas de Crítica que acabamos de referir, destituidos de luces, ó faltos de tiempo, leen muchas veces en los Autores lo que no hay en ellos, ó no los leen sino en las versiones ó en las citas de otros Autores á quienes suponen versados en esta lectura. De aquí se sigue ser casi imposible que ellos no nos vendan muchas veces como dictámenes de los Antiguos unas cosas que jamas pensaron; pero el olvido en que caen las obras de los Escritores de este caracter, impide las funestas consecuencias de este género de faltas. No sucede así con los Autores que tienen reputacion. Prevenido el Lector del aprecio que hace de ellos, los cree sobre su palabra, y mira como doctrina de los Padres todo lo que ellos aseguran que está fundado en su testimonio: de

Tom. I.

Le Clerc. Biblioth. v. y his. año de 1688. tom. 10. p. 309.